

RegionEs

2/Primer semestre/ 2004



Revista de:
Centro de Estudios
Regionales, Cafeteros y
Empresariales -Crece-,
Instituto de Estudios
Regionales de la Universidad
de Antioquia -Iner-
Observatorio del Caribe
Colombiano

RegionEs

Editada por:
Centro de Estudios Regionales, Cafeteros y
Empresariales –CRECE–;
Instituto de Estudios Regionales –Iner–
Universidad de Antioquia;
Observatorio del Caribe Colombiano

Directores

Mauricio Perfetti del Corral
Diego Herrera Gómez
Weildler Antonio Guerra Curvelo

Comité Editorial

Alberto Abello Vives
Jesús María Álvarez Gaviria
Clara Inés García de Botero
Jorge García Usta
Carmenza Saldías Barreneche
Miguel Silva Pinzón
Liliana Velásquez Martínez

Comité Científico

Gabriel Cadena Gómez, Ph.D.,
Cenicafe
Alejandro Grimson,
Ph.D., Universidad de Buenos Aires
Christopher London,
Ph.D., Cornell University, Ithaca, NY.
Daniel Mato,
Ph.D., Universidad Central de Venezuela
Adolfo Meisel Roca,
Ph.D., Banco de la República-Cartagena

Editor

Jesús María Álvarez Gaviria
Instituto de Estudios Regionales –Iner–
Universidad de Antioquia, Medellín - Colombia
e-mail: jesusm@iner.udea.edu.co

Periodicidad

Semestral

Diagramación e impresión

L. Vieco e Hijas Ltda., tel. (4) 2559610

Asesoría en diseño e imagen

Verónica Salazar Uribe

Los artículos pueden ser reproducidos
con fines estrictamente académicos o
divulgativos, citando la fuente

Contenido

Revista **RegionEs**

Medellín

2/Primer Semestre/2004

pp. 232

ISSN 1692-939X

Editorial 5

Artículos de investigación

Los condicionantes del espacio/tiempo
en la orientación de las respuestas civiles
a la guerra en Colombia
Clara Inés García 10

Identidades nacionales y regionales
en contextos migratorios diferentes
Inmigrantes bolivianos en dos
ciudades argentinas
Sergio Caggiano 35

Una visión regional de la competitividad
colombiana
Oscar Alberto Ortiz González
y Bernardo Andrés Taborda Figueroa 71

Transferencias intersectoriales de capital
en las regiones colombianas, 1980-1996
Aarón Eduardo Espinosa y Ericka María Duncan 95

Conflicto y territorio: visos de un caleidoscopio
Elsa Blair 115

Ensayos

Sostenibilidad y capital social:
una visión de largo plazo
César Vallejo Mejía 139

Los estudios socioespaciales: hacia una
agenda de investigación transdisciplinaria
Carlo Emilio Piazzini Suárez 151

Debates

Culturas, territorios y Mercosur
Alejandro Grimson 175

Seguridad democrática *versus*
planes de desarrollo
Pablo Emilio Angarita Cañas 180

Información institucional

Centro de Estudios Regionales Cafeteros
y Empresariales –Crece– 197

Instituto de Estudios Regionales –Iner– 205

Observatorio del Caribe Colombiano 222

Información para los colaboradores 228

Los estudios socioespaciales: hacia una agenda de investigación transdisciplinaria¹

Carlo Emilio Piazzini Suárez*

Resumen

En este ensayo se plantea la pertinencia y potencial que tiene un acercamiento renovado al espacio y las espacialidades para el desarrollo del pensamiento transdisciplinario en las ciencias sociales. Se expone en primer lugar lo que serían las condiciones filosóficas y epistemológicas de emergencia de una apuesta por el conocimiento de lo espacial, al mismo nivel de lo social y lo temporal, como dimensiones fundamentales de la existencia humana. En segunda instancia se plantean una serie de temas centrales para el desarrollo de una agenda de estudios socioespaciales con el doble propósito de indicar algunas de las principales problemáticas a las que éstos se ven abocados a la vez que hacer visible la intensidad de los procesos contemporáneos de re-conceptualización de las categorías de análisis socioespacial. Por último, se enuncian una serie de retos que harían parte de la agenda latinoamericana de estudios socioespaciales.

El contexto teórico de emergencia de las investigaciones y elaboraciones expresamente dirigidas a explorar la naturaleza de las relaciones entre lo social y lo espacial, es el de una transformación en el esquema de precedencia epistemológica entre tiempo, espacio y ser como categorías fundamentales de la existencia humana. De la "época de la historia", signada por el tiempo como tema central para las filosofías y las ciencias de lo social, se habría transitado, durante la segunda mitad del siglo XX, hacia la "época del espacio" (Foucault 1967) Así se dio comienzo a un replanteamiento del lugar periférico que hasta entonces ocupaba la cuestión espacial frente a la hegemonía del tiempo en el pensamiento social. Este cambio también habría encontra-

do entre sus condiciones de posibilidad una advertencia, cada vez más generalizada, acerca de las repercusiones sociales de toda índole debidas a la recomposición de las espacialidades durante la modernidad y últimamente como condición inherente a los procesos de globalización y eclosión de narrativas y movimientos locales.

Puede compararse la inflexión que representa la toma de conciencia sobre la relevancia de la cuestión espacial en la manera en que se comportan las sociedades y aun en la forma en que se puede conocer el mundo, en cuanto a sus efectos revolucionarios, con las transformaciones que en su momento produjeron los giros histórico, lingüístico y cultural en el pensamiento occidental. Así, a partir del llamado "giro espa-

¹ Este texto se basa en los planteamientos académicos del proyecto de creación de la Maestría en Estudios Socioespaciales del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia.

* El autor es investigador del Instituto de Estudios regionales, Iner de la Universidad de Antioquia., Ciudad Universitaria. Oficina 243. Dirección electrónica: cepiazzini@epm.net.co

cial" (*sensu* Jameson, 1991: 154) han emergido múltiples agendas y programas de investigación que convocan diversos saberes hacia la constitución de lo que podría denominarse las teorías socioespaciales, un proceso que se encuentra en plena marcha.

Una tarea fundamental en esta dirección es construir una ontología del espacio que, partiendo de situar lo que históricamente ha sido su tratamiento en la filosofía y las ciencias, trate de suministrar argumentos a favor de una recomposición del lugar del espacio frente a otras categorías fundamentales como tiempo y sociedad, y con ello, logre sustentar y delimitar epistemológicamente lo que sería el ámbito temático de una teoría socioespacial.

Espacio y sociedad

Dado que el "giro espacial" se ha operado en el contexto de intensos debates sobre la validez e incluso sobre las finalidades políticas de los sistemas de pensamiento que aspiran a la universalidad es difícil cuando no imposible hallar consenso acerca de una ontología del espacio que pudiera operar a la manera de un paradigma (*sensu* Kuhn, 1992).

No obstante, por principio se ha privilegiado el tratamiento del tiempo respecto del espacio en el pensamiento occidental, por lo menos desde Kant hasta Heidegger (Foucault, 1967; Soja, 1994; Harvey, 1989; Pardo, 1992). Esta percepción habría determinado la distribución epistemológica de lo espacial en las ciencias modernas, al igual que el tipo de tratamiento que el espacio y las espacialidades han recibido específicamente por parte de

las ciencias sociales. Ello desde luego no quiere decir que con anterioridad al giro espacial, el espacio haya ocupado un lugar secundario en la vida social, sino que la superposición a la historia y al tiempo, como recursos fundamentales de ordenamiento y explicación de los fenómenos sociales y humanos, opacó y acaso enmascaró ideológicamente la importancia que el control político del espacio podía tener para el establecimiento de las formas de poder que han predominado en la modernidad.

De hecho, la primacía del tiempo sobre el espacio fue decisiva para la constitución de un modelo geopolítico y de una política de la interpretación (White, 1992: 75) de los saberes de la modernidad. Y yendo hacia atrás puede decirse que el concepto, tal como se configuró desde el siglo XVIII, se irguió, no sin cambios, sobre la herencia de antiguas oposiciones entre alma y cuerpo, espíritu y materia propias del pensamiento griego clásico y judeocristiano. Así, en los sistemas filosóficos modernos, y notablemente a partir de Hegel (1837/1985), la alteridad relativa a la simultaneidad espacial de los lugares geográficos fue domesticada recurriendo a un modelo de tiempo histórico de carácter evolutivo, conforme al cual las sociedades occidentales ocupan el lugar del presente y el futuro, mientras que las sociedades no occidentales se han ubicado en un pasado protohistórico o prehistórico. Esta lógica, subyacente a los esquemas de progreso y luego de desarrollo y modernización, erigió como modelo las características económicas, políticas y culturales de los centros metropolitanos, mientras que paralelamente exigía a los lu-

gares periféricos que transformaran sus geografías, sus paisajes, sus arquitecturas y sus tecnologías –en suma sus espacialidades–, como condición para ingresar a la “punta de lanza” de la evolución.

A esta geopolítica corresponde una cartografía del pensamiento. Mientras el tiempo y las temporalidades gozaron de una relativa unidad y autonomía ontológicas, la conceptualización del espacio y las espacialidades se fisiónó entre un espacio matemático-físico, objetivo y verdadero –considerado una exterioridad del ser–, y un espacio sensible, aparente y subjetivo –interior al ser y supeditado a la conciencia que este pudiese desarrollar del tiempo–. Ello conllevó a que fueran las ciencias físicas y naturales las autorizadas para tratar el espacio, desplegando para el efecto procedimientos de medición y cuantificación de sus contenidos y relaciones. Además, el espacio sensible (en tanto subjetivo, aparente, accesorio y ontológicamente reductible a la cuestión temporal) no podía constituirse en objeto lícito de estudio de las ciencias sociales, pues éstas, aparte de algunos reclamos en torno de su especificidad para tratar los aspectos particulares y contingentes del ser humano (p.e. el historicismo. Cf. Aron, 1996: 31), tenían como paradigma el modelo con aspiraciones de universalidad de las ciencias naturales. En consecuencia, el tratamiento de lo espacial en las ciencias sociales no sólo ha estado relegado a un papel subordinado, sino que además implica una situación esquizofrénica pues:

en los intentos de constituir una ciencia del hombre, un saber acerca del sujeto (esto es, de ese entorno psíquico que es

lo único que la ciencia físico-matemática ha excluido de su imperio), del ‘alma’ o del ‘espíritu’, esta pretendida ciencia – para serlo – se moldea sobre el espacio geométrico-mecánico de la ciencia natural, emprendiendo un camino verdaderamente intransitable (dar cuenta de la subjetividad excluyendo previamente a la subjetividad misma) (Pardo, 1992: 251).

Tal precariedad ontológica ha implicado que la incorporación del espacio a los principales sistemas del pensamiento social moderno, especialmente a aquellos con aspiraciones cosmopolitas, haya sido un hecho “profundamente desgarrador de sus posiciones centrales y derivaciones” (Harvey 2000: 539). Lo mismo conllevó por ejemplo, en el caso de la teoría marxista clásica, a calificar el espacio como un “asunto innecesario”, e incluso a que en la geografía durante bastante tiempo la cuestión espacial no fuera considerada más allá de un parámetro meramente heurístico (Delgado 2003:20).

Es así como la conceptualización del espacio que ha predominado en las ciencias naturales y sociales, se refiere a:

un espacio neutro, isomorfo, isótropo, infinito, uniforme. Se trata de un espacio material, de naturaleza geométrica, entendido como extensión. El espacio como una superficie objetiva, en la que se sitúan y ubican tanto los fenómenos físicos como los sociales o políticos. El espacio escenario es, en lo conceptual, un espacio vacío, un espacio continente o contenedor, que tanto puede representarse lleno de objetos y actores como desprovisto de ellos (Ortega, 2000: 342).

Como se mencionó, en las ciencias sociales el espacio quedó reducido a una cues-

tión heurística de manejo de las escalas dentro de un sistema taxonómico de diferenciación territorial, o a una figura retórica que aprovecha metáforas con referentes espaciales para dar forma a narrativas geográficas, históricas, políticas, antropológicas y sociológicas (Agnew, 1994:261).

De forma paralela y, en cierto modo, subsidiaria de la fractura entre espacio objetivo y subjetivo, el tratamiento de los contenidos sociales tangibles en el espacio; es decir, de las materialidades, ha sido bien el de una mirada mecánica, interesada por las sustancias, las mercancías y las funciones o el de una mirada espiritual interesada por la manera en que lo social se derrama sobre los cuerpos, los objetos, las cosas y sus relaciones, como soportes y acaso expresiones de la cultura (Cf. Debray, 1997: 159, Dagognet, 2000: 14). La escisión entre lo animado y lo inanimado, entre lo humano y lo no humano ha dificultado el pensamiento sobre el lugar que ocupan las materialidades en las relaciones sociales (Latour, 1992). Y pese a que las materialidades pueden ser consideradas, aún desde una ontología mecánica del espacio, como parte constituyente del mismo, los estudios de la cultura material y de la técnica, han sido escasamente integrados a los estudios del espacio y la geografía (Santos, 2000: 27).

De cara a estas dificultades, se ha planteado la necesidad de constituir un "pensamiento del afuera" (Deleuze y Guattari, 1994: 381), de las "formas de la exterioridad" (Pardo, 1992), que parta de considerar que nuestra existencia es forzosamente espacial, que somos cuerpos que ocupa-

mos un espacio, que pensamos en el espacio y a los cuales el espacio pre-ocupa. Entre la creciente "muchedumbre de cosas": objetos, útiles, máquinas y constructos estéticos, las prácticas sociales y las técnicas de espacialización producen nuevas espacialidades; es decir, determinadas formas de disposición, distribución, distanciamiento y relación entre los entes en el espacio (paisajes, territorios, lugares, cuerpos y artefactos).

Tal definición, que hemos adaptado de Pardo (1992: 16), parte necesariamente de trascender la oposición ya mencionada entre espacio objetivo y subjetivo. No hay lugar para un subjetivismo o idealismo en la medida en que se reconoce que el espacio, como exterioridad, como extrañamiento, afecta la existencia, incluyendo el pensamiento, y no hay lugar para un objetivismo en la medida en que el espacio no es de ninguna manera un receptáculo que puede ser vaciado de sus contenidos sin que pierda su condición de existencia: el espacio *es* en la medida en que se habita, usa y significa.

La idea del espacio como producto y a su vez productor de lo social ha sido desarrollada en extenso por Henri Lefebvre (1991), quien ha señalado la existencia de una relación dialéctica en el proceso de producción del espacio: entre prácticas espaciales, espacios representados y espacios de representación. Su planteamiento fue retomado posteriormente por Soja para referirse al espacio percibido (físico), el espacio concebido (pensado) y el espacio vivido (representado) (Soja, 1996: 76). Estas teorías

han significado un avance importante en la constitución de una teoría de lo socioespacial.

En esta medida, se prefigura una transformación de las relaciones entre espacio y sociedad, superando la forma tradicional de considerar el espacio como un contenedor físico sobre el que se derraman las actuaciones sociales y de ver las espacialidades como simples expresiones, epifenómenos o revestimientos de algo más esencial, como sería lo económico, lo político o lo cultural. A su vez, se previene el retorno hacia determinismos ambientales, geográficos y tecnológicos que podrían conllevar a un "espacialismo" al considerar de forma mecánica el espacio como determinante de lo social.

Relaciones entre espacio y tiempo

Pero queda pendiente avanzar en la misma dirección respecto de las relaciones entre lo espacial y lo temporal. La crítica al primado del tiempo sobre el espacio en el pensamiento occidental no debe conllevar una inversión de las jerarquías e incluso el sincronismo y el anacronismo de las miradas sobre el espacio (Soja, 1994). Espacio y tiempo sólo pueden separarse para propósitos de análisis; son dimensiones a las que en determinadas condiciones se les concede la bondad de servir como ángulo de observación de lo social. Desde esta perspectiva quizá sea apropiado emplear el concepto de "TiempoEspacio" (Wallerstein, 1997; May y Thrift, 2001) para designar una relación equilibrada entre una y otra dimen-

sión, señalando igualmente la naturaleza de su indivisibilidad al interior de las prácticas y procesos sociales.

En la misma medida en que los teóricos de la geografía histórica han planteado el espacio como una entidad sujeta a transformaciones diacrónicas, es necesario plantear una geografía del tiempo que parta de considerar la "multiplicidad de historias que son el espacio" (Massey citado por Amin, 2002: 391). En otras palabras, y sin desconocer los aportes que hayan podido realizar las geografías históricas a partir de una diferenciación de los espacios en virtud del tiempo: es necesario "abrir y recomponer el territorio de la imaginación histórica a través de una espacialización crítica" (Soja, 1994).

En esta dirección se hace necesario evaluar los postulados sobre la pluralidad del tiempo como producto histórico y social (véase Braudel, 1974: 60; Le Goff, 1991; Koselleck, 2001; Ricoeur, 1998) a la luz de consideraciones recientes sobre la manera en que la pluralidad del espacio social puede estar relacionada con la simultaneidad de diferentes ritmos históricos (Santos, 2000: 134). Esto puede ser útil para comprender formas de configuración del TiempoEspacio en contextos geográficos e históricos específicos. Además, esta tarea se ofrece como una posibilidad de evaluar críticamente planteamientos recientes acerca del surgimiento de cambios más o menos generalizados en la experiencia del TiempoEspacio en la era global (May y Thrift, 2001).

Pero, "¿Cómo ir más allá del discurso que predica la necesidad de tratar paralela-

mente el tiempo y el espacio [...] Cómo traducir en categorías analíticas esa mezcla que hace que el espacio sea también el tiempo y viceversa?" (Santos, 2000: 44). Una posibilidad está en tratar las categorías de espacio y tiempo según parámetros comparables, lo cual puede lograrse mediante una "empirización" del segundo, cuyo arraigo en el principio de sucesión y no de simultaneidad (como ocurre con el espacio) lo hace sin lugar a dudas más abstracto. Tal empirización del tiempo sería posible al aproximarse a la materialidad de las técnicas como "dato constitutivo del espacio y el tiempo operacional y del espacio y el tiempo percibidos" (Santos, 2000: 48).

Es precisamente el estudio de las técnicas el que permite efectuar una evaluación crítica de postulados recientes acerca de una supuesta compresión del tiempo y el espacio en la globalización (Harvey, 1989; Castells, 1999), en la medida en que devela cómo, a la par que se han desarrollado tecnologías que reducen las diferencias espaciales y temporales (p.e. transportes y redes de información), dichas diferencias coexisten con tecnologías que introducen nuevas espaciotemporalidades, no necesariamente reductoras de las diferencias (p.e. tecnologías de la luz eléctrica y el cinema) (May y Thrift, 2001).

Ahora bien, una aproximación crítica tendiente a la reubicación de lo espacial respecto de lo social y lo temporal, cuyas líneas generales hemos expuesto hasta aquí, repercute en la reelaboración de nociones y conceptos sensibles a la concepción del espacio, tales como lugar, territorio, cultu-

ra material, paisaje y cartografía. Dicho proceso de reelaboración se hace visible a propósito de debates contemporáneos que son centrales al desarrollo y la aplicación de las teorías socioespaciales, algunos de los cuales serán abordados a continuación.

(Des)territorialidades y (No)lugares

Recientemente, conceptos como territorio y lugar han sido puestos en duda en cuanto se les ha asociado a concepciones demasiado estáticas y excluyentes como para avanzar en la comprensión de las espacialidades porosas, yuxtapuestas y móviles que se le endosan a los procesos de globalización. En su lugar se han implementado conceptos abiertamente críticos como "no-lugar" y "desterritorialización".

El primero de ellos señala la emergencia de realidades espaciales que no corresponden al "lugar antropológico" en donde "la identidad, las relaciones y la historia de los que lo habitan se inscriben en el espacio", sino a "espacios de la circulación, de la distribución y de la comunicación, donde ni la identidad, ni la relación, ni la historia se dejan captar" (Augé, 1996: 98).

Por su parte con el concepto de desterritorialidad señala que: "Las relaciones 'globales' son conexiones sociales en las cuales la localización territorial, las distancias territoriales y las fronteras territoriales no tienen una influencia determinante. En el espacio global 'el lugar' no está territorialmente fijado, la distancia territorial es cubierta en un no-tiempo efectivo y las fronteras territoriales no presentan un impedimento

particular” (Scholte citado en Amin, 2002: 386).

Estas ideas –que no dejan de tener un cierto tono apocalíptico en la medida en que anticipan la muerte de la geografía, las distancias y los límites espaciales por efecto de los flujos y las velocidades de circulación de las transacciones económicas, tecnológicas e informáticas– han desatado un intenso proceso de debate y reconceptualización. Así por ejemplo, se ha planteado que el lugar, cualquiera que sea su temporalidad, sería “un lugar abierto, poroso, híbrido cuya especificidad se deriva, no de algunas raíces míticas internas, ni de una historia de relativo aislamiento – que ahora sería interrumpida por la globalización–, sino precisamente de la absoluta particularidad de las mixturas e influencias que se encuentran allí (Massey citado por Amin 2002: 392). Se trata de un lugar en el que confluyen y se yuxtaponen de manera particular nuevas y viejas espaciotemporalidades, redes de prácticas espaciales y memorializaciones diferentes, lo cual no sería privativo de la era global (Amin, 2002: 392).

Así mismo Tuathail (1998) ha planteado que,

Territorio y territorialidad no son ontologías discretas, son construcciones sociales entretejidas con capacidades tecnológicas, máquinas de transporte, logísticas militares, instituciones sociales, autoridades políticas y redes económicas. Las sociedades humanas producen, reproducen y también destruyen territorios y territorialidades. Nuestra tarea es teorizar críticamente las territorialidades polimorfas producidas por lo social, lo económico, lo político y la maquinaria tecnológica de nuestra condición pos-

moderna, más que rechazar esta complejidad, reduciéndola a dramas singulares de una resistencia de lo territorial o de una desterritorialización imparable.

Aquí es importante anotar que las nociones fundadoras del territorio se relacionan con la idea de un espacio geográfico referido al dominio y la soberanía del Estado (tal como lo planteó Friederich Ratzel a propósito de la geografía política). De su enunciado clásico, el concepto de territorio sigue guardando una dimensión política: “el territorio es fundamentalmente un espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder” (Souza, 1995), dado que “las practicas territoriales [...] forman parte de la propia naturaleza del poder. Son un signo de éste [...] No hay poder sin territorio” (Ortega, 2000: 530). No obstante, a tono con la reelaboración conceptual que en los últimos años se ha hecho de las categorías analíticas con las cuales se piensa la dimensión socioespacial, el concepto de territorio ha trascendido: 1) las escalas espaciales del Estado-nación, 2) el ejercicio de la territorialidad como función exclusiva de éste, 3) la cuestión de lo espacial referida exclusivamente al soporte físico de la soberanía del Estado y 4) el poder como el control efectuado por las instituciones del Estado.

Las territorialidades, esto es, las formas y grados de apropiación, dominio y control del espacio, sea este vivido, percibido o concebido, se despliegan también en el ámbito de lo internacional y lo infraestructal, siendo ejercidas tanto por agentes individuales como colectivos, por organizaciones transnacionales, empresas, esta-

dos, regiones o comunidades locales (Montañez, 2000: 20; Correa, 1994: 252). De otra parte, lo que se territorializa no es sólo el espacio físico o geográfico en sentido tradicional, sino también los objetos, los cuerpos, las técnicas, las mercancías, las redes de intercambio económico e información. Por último, las formas de ejercicio de poder que se relacionan con los procesos de territorialización, trascienden la consideración tradicional del poder como dependiente de la esfera de las decisiones estatales, reconociéndose el papel activo de la dinámica política intraestatal (p.e. regiones y localidades) al igual que últimamente, los movimientos sociales y las ONG que trascienden las fronteras estatales poniendo en contacto realidades locales con causas globales.

A su vez, la conceptualización del lugar ha transitado desde una idea del mismo como espacio dado, escenario autocontenido y en cierta medida aislado, hacia la de un *locus* que se constituye mediante prácticas localizadas que ponen en contacto, de forma singular, redes de relaciones sociales de amplitud local y extra-local. No obstante, sigue guardando la idea del espacio singular por excelencia, en donde buena parte de las relaciones se construyen cara a cara de manera cotidiana.

Estas reconceptualizaciones indican que las consideraciones sobre procesos de "des-territorialización" y emergencia de los "no-lugares", se han hecho sobre la base de una crítica a conceptos estáticos, esencialistas y autocontenidos de lugar y territorio, logrando con ello señalar más la urgencia de

repensar estas categorías, que una constatación de que las realidades espaciales a las cuales se quiere aludir con estos conceptos hayan poseído históricamente o posean actualmente esas mismas características. En otras palabras, a la par que se ha venido observando el intenso proceso de cambio de las geografías del mundo durante las últimas décadas, nos hemos percatado que la forma en que se venían pensando las territorialidades y los lugares era demasiado estática y aislada como para comprender los procesos espaciales contemporáneos, y aun aquellos que antecedieron la época actual.

Procesos de re-escalamiento

El problema de un conocimiento geográfico y en general espacial, cuyas categorías de análisis tradicionalmente han dado más importancia a sus características intrínsecas que a las relaciones entre categorías, se pone de manifiesto en reflexiones críticas acerca del manejo de las escalas espaciales. Tradicionalmente, el territorio ha sido dividido de acuerdo con una serie de unidades de adscripción espacial, configurando jerarquías concéntricas o verticales, cuya expresión más conocida es la de entidades territoriales con valor geopolítico que van de lo global, pasando por lo internacional, lo nacional y lo regional, para llegar a lo local, y que se han considerado durante bastante tiempo las unidades de existencia social e integración territorial por naturaleza (Brenner, 2001; Swyngedouw, 2004: 15).

La cuestión escalar ha sido manejada de forma implícita y confusa en las ciencias so-

ciales (Agnew, 1994; Brenner, 2001; Amin, 2002; Howitt, 2003), predominando el uso heurístico de los principios de medida y nivel, pero sin mayor atención al principio relacional que les es inherente. Sin embargo, éste tiene la suficiente importancia, tanto a nivel teórico como político para plantear que:

no hay solo entidades de amplia escala (globales o nacionales) que contienen entidades de escala más reducida, sino que las entidades de amplia escala son al mismo tiempo contenidas al interior de las entidades de escala reducida. Si se piensa la escala como medida, esta observación puede ser cuando menos paradójica, aún [sic] sin sentido. Pero es claro que hay un nexo dialéctico ineludible, por ejemplo entre la cultura nacional y los valores individuales. Estos últimos claramente contienen, responden, encierran y son construidos por la primera. De forma similar si se piensa la escala como nivel, la mutua incorporación que caracteriza lo que Swyngedouw (1992, 1997) ha denominado 'glocalización' es completamente incomprensible. Cualquier localidad (espacio a escala local) está constituida no solo por cosas que están directamente manifestadas al interior de la localidad, sino además por relaciones transescalares (Howitt, 2003).

En esta perspectiva se plantea la idea de las configuraciones escalares (*scalar configurations*) como "el resultado de procesos socio-espaciales que regulan y ordenan relaciones sociales de poder. Como construcción geográfica, las escalas llegan a ser escenarios en torno de los cuales las coreografías de poder socio-espacial son ejercidas y representadas" (Swyngedouw, 2004: 4).

La relevancia política del tema se deriva del hecho de que la redefinición de la jerarquía de las relaciones entre entidades territoriales (reescalamiento/*rescaling*), incluso de la creación o supresión de entidades (salto escalar/*scalar jump*), se relaciona con cambios en la geometría del poder mediante la extensión de los espacios de dominio y control por parte de algunos, a costa de la disminución de los espacios correspondientes a otros (Swyngedouw, 2004: 19).

En este sentido, es probable que más que un debilitamiento de los territorios y los lugares, de lo que se trata en la época contemporánea es de una recomposición de las estructuras jerárquicas conforme a las cuales son definidas las relaciones y tensiones entre los diferentes espacios de poder. Tal posibilidad requiere el desarrollo de investigaciones expresamente dirigidas a comprender la forma en que se han estructurado históricamente dichas jerarquías, lo cual pasa necesariamente por estudiar la manera en que unidades territoriales tradicionalmente consideradas como fijas y piramidalmente dispuestas (Estado, región, localidad), fueron construidas y desplegadas para ordenar los espacios coloniales, estatales y nacionales, que de alguna manera prefiguraron las tendencias de la problemática geopolítica actual (p.e. Mac Leod y Goodwin, 1999; Agnew, 1994).

Esta tarea requiere preguntarse por la interacción entre lo político y lo cultural en medio del debate sobre el espacio (Marston, 2004), para estudiar la forma en que el Estado es entendido como una realidad concreta, espacialmente abarcable, por

medio de imágenes, metáforas y prácticas representacionales; es decir, ¿cómo se espacializa el estado y en general las diferentes instancias de gobernabilidad y ejercicio de la política (Fergusson y Gupta 2002, Abélès 1997), incluyendo aquellas nuevas formas políticas desplegadas local y globalmente por diferentes ONG y movimientos sociales?

En esta perspectiva, quizá sea en la dinámica de cambio y constitución de las fronteras en donde se puedan hacer visibles con mayor nitidez los procesos de escalamiento, re-escalamiento y salto escalar, lo que se constituye en una posibilidad para trascender los enunciados fáciles acerca de la desaparición de los límites en la era global (Paasi, 1998).

Materialidades

Como ya se ha anotado, el primado del tiempo sobre el espacio en el pensamiento occidental se articula estrechamente con el tratamiento dado a las materialidades, los objetos, los cuerpos; en suma, las cosas que hacen parte de las espacialidades: simples formas y sustancias que las tecnologías procesan, mercancías que se intercambian o bien vehículos que expresan materialmente las estructuras, patrones o ideas sociales y culturales.

Si el espacio y las espacialidades han ocupado un lugar periférico frente a la hegemonía del tiempo, las materialidades han sido periféricas incluso en los discursos sobre el espacio. Ello tiene que ver con la escisión entre la materialidad como exterioridad y la conciencia como interioridad en el

pensamiento moderno. En el sistema hegeliano, al espíritu pensante, auto contenido, libre, unificado y centrado se opone la materia inconsciente, fuera de sí, grávida, plural y descentrada. La naturaleza, también opuesta al espíritu, es el ámbito de lo exterior, de las sensaciones y los impulsos, así como de los objetos, la técnica y la práctica (Hegel, 1837/1985: 63). En esta oposición, la conciencia de sí, el espíritu de un pueblo es constituido en relación con la memoria que la sociedad posee de su historia, memoria que es institucionalizada con el advenimiento del Estado y consagrada mediante el ejercicio del lenguaje verbal y sobre todo del lenguaje escrito en cuanto soporte y medio por excelencia para fundamentar el conocimiento histórico y de las sociedades contemporáneas.

Por contraposición, los objetos y los cuerpos en su condición de exterioridad son recipientes pasivos sobre los que se derrama la espiritualidad. Como consecuencia de ello, las arqueologías, las historias del arte y los estudios sociales de la técnica y la tecnología tradicionalmente han constituido discursos dispersos y sin mucha conexión con los "núcleos duros" del pensamiento social, como son la historia, la sociología, la psicología y la antropología.

Desde algunos planteamientos relativamente recientes se ha emprendido una revisión crítica de esta situación, resaltando el rol activo de las materialidades en la configuración de las prácticas sociales, económicas y políticas. Así, desde la arqueología la denominada "cultura material" ha sido abordada como simbólicamente constituida, so-

cialmente activa e ideológicamente mediada (Hodder, 1995: 12,; Shanks y Tilley, 1994: 130), desde la economía política se ha puesto de manifiesto que las mercancías generan comportamientos sociales que van más allá de la mecánica del intercambio, que existe una "vida social de las cosas" (Baudrillard, 1969, Appadurai, 1986), y aun los estudios históricos sobre la lectura han redefinido los textos como parte de la cultura material y, en tal sentido, han planteado que las características del soporte físico del lenguaje escrito no son un aspecto secundario en la conformación histórica de los hábitos de lectura y escritura (Chartier, 2000).

Finalmente, la denominada teoría de redes y actores (*Actor-network Theory*) ha considerado que el espacio se constituye por redes entre "actantes", categoría que incluye tanto a entes humanos como no-humanos con lo cual desdibuja la línea de ruptura entre lo orgánico y lo inorgánico, lo espiritual y lo material. En esta perspectiva:

tener un cuerpo es aprender a ser afectado, esto es efectuado, movido, puesto en movimiento por otras entidades humanas o no humanas [...] El cuerpo no es entonces una residencia provisional de algo superior –un alma inmortal, lo universal o el pensamiento–, sino lo que permite una trayectoria dinámica en la cual aprendemos a registrar y a volvernos sensitivos acerca de lo que el mundo está hecho. (Latour, 2000).

Narrativas del espacio

Otro debate que compromete la reelaboración conceptual de las categorías analíticas de la espacialidad tiene que ver con la

forma en que se quiere transmitir el conocimiento del espacio, lo cual suele hacerse fundamentalmente mediante el lenguaje escrito y gráfico (mapas e imágenes). A menos que se considere que el lenguaje es una suerte de espejo sobre el cual se proyecta de manera directa el mundo, el problema que surge es que los discursos empleados para expresar el conocimiento del espacio están sujetos no sólo a la carga teórica con la cual los marcos de referencia disciplinar o filosófica ordenan los procedimientos de investigación, sino además por factores ideológicos imperantes en el contexto sociocultural y político de los investigadores (Duncan y Ley, 1994).

Diferentes críticas y soluciones han sido planteadas a este problema, que en principio excede el dominio de las representaciones sociales del espacio, abarcando el ámbito del conocimiento en general (cf. Rorty, 1995). No obstante, en el caso de las descripciones, explicaciones e interpretaciones que buscan producir conocimiento sobre lo espacial, es fundamental tener en cuenta que las espacialidades mismas afectan la forma en que podemos conocer, contrariando la idea de un conocimiento de valor universal basado en un lenguaje neutral, pues existe una estrecha relación entre los lugares de enunciación y los lugares representados (Duncan, 1994).

Ello se puede hacer visible a propósito de la manera en que han sido representados los paisajes (*landscapes/landschaft*). El paisaje nace fundamentalmente como una noción ligada a la representación visual de la naturaleza: "El paisaje pictórico constituye

la prehistoria del concepto geográfico” que deviene en una narrativa de la “apariencia” como expresión de la singularidad geográfica (Ortega, 2000: 349). Como forma de representación pictórica, el paisaje emerge en el contexto de invención de la perspectiva, lo que supone la invención de un ángulo de apreciación, fuera de la imagen misma, desde el cual se puede observar cómodamente el cuadro de una naturaleza espacialmente organizada en tres dimensiones (Cosgrove citado en Thomas, 2001: 168; Duncan, 1994: 41). Estas mismas características imperaron en la conceptualización del paisaje, cuando en el curso de los siglos XIX y XX se constituyó en objeto central de la geografía. El paisaje, en tanto que apariencia, expresa una síntesis de aspectos naturales y sociales, históricos y culturales que hacen un determinado espacio diferente de los demás y, en consecuencia, se ofrece como una narrativa sumamente eficiente para soportar la idea del espíritu de los pueblos y las naciones.

Críticas recientes han planteado que el paisaje “como un registro acumulado de continuidad y tradición, que nos permite el acceso a un pasado auténtico, es fundamentalmente ideológico” (Thomas, 2001: 166). El paisaje es un artefacto y una condición de posibilidad; es a la vez espacio representado y reproducción de sentidos y normas culturalmente estructurados: “El paisaje no tiene ninguna relación con lo puro, con una naturaleza naturalizada, sino que está compuesto de infinidad de pliegues que se han ido construyendo y se siguen construyendo y que han realizado la infinidad de variaciones paisajísticas” (Castrillón, 2000: xiv).

El paisaje es el producto de una forma moderna de mirar, que es también una relación de poder; se trata de una mirada desligada de la imagen, de un alma y un pensamiento desplegados desde fuera del espacio, que adoptan un ángulo único y privilegiado desde el cual se controla las relaciones entre los contenidos de la naturaleza y la sociedad; una mirada que es, por excelencia, la del ciudadano o propietario de tierra masculino, que aprecia la naturaleza con romanticismo o mide la extensión y el contenido de sus dominios. En estos términos, la invención del paisaje corresponde con el surgimiento de una forma de mirar la naturaleza como extensión susceptible de posesión, una naturaleza que es también femenina y en tal sentido objeto pasivo del placer visual androcéntrico.

Como una manera de trascender esta tensión entre el lugar de la representación y el lugar que se representa, se ha propuesto un concepto del paisaje que involucra al observador mismo, de tal manera que no sea un paisaje representado desde afuera, sino un “paisaje social” vivido por sus habitantes:

Una red de lugares relacionados que se manifiesta gradualmente a través de prácticas habituales e interacciones, a través del acercamiento y afinidad que la gente ha establecido con algunos sitios, y a través de eventos importantes, fiestas, calamidades y sorpresas que han atraído su atención hacia ciertos puntos, ocasionando que sean recordados e incorporados en relatos (Thomas, 2001: 173).

La aprehensión de tal “paisaje social” exige el despliegue de una mirada situada al in-

terior del paisaje mismo. Pero además, en el caso de un observador proveniente de otro contexto sociocultural u otra temporalidad, supone un ejercicio de acercamiento a la alteridad, lo cual constituye un problema más amplio que involucra todo esfuerzo por imaginar las narrativas del "Otro" reconociendo la distancia espacio-temporal del observador. Así como el antropólogo trata de conciliar las perspectivas *etic* o "experiencia distante" (el punto de vista del científico) y *emic* o "experiencia próxima" (el punto de vista del nativo) (Geertz, 1994: 74), o el historiador se debate entre "explicar" y "comprender" las acciones de los sujetos en el tiempo (Ricoeur, 1998: 220), el pensador de las espacialidades sociales trata de trascender la oposición entre concepciones del espacio alternas y propias.

La tentativa por acceder a las representaciones que del espacio posee "el Otro" (situado en temporalidades y espacialidades diferentes al ángulo de visión de la propia cultura y la propia sociedad) ha sido emprendida a menudo adoptando el concepto de mapa mental o cognitivo, lo que ha dado pie al desarrollo de las denominadas cartografías sociales (Paulston y Liebman, 1994). En estricto sentido es preciso diferenciar entre las cartografías como "representaciones gráficas que facilitan un entendimiento espacial de las cosas, conceptos, condiciones, procesos o eventos en el mundo humano" (Harley citado en Woodward y Lewis, 1998) y corresponden fundamentalmente a los mapas como artefactos que hacen parte de la cultura material del mundo occidental y a una serie más amplia de otros artefactos, imágenes mentales e in-

cluso de prácticas sociales (rituales, gestos, relatos orales, pinturas corporales) que en diferentes contextos históricos y culturales pueden corresponder a esquemas de ordenamiento espacial de la vida social (Woodward y Lewis, 1998).

No obstante esta diferencia, es posible considerar, desde los planteamientos de una cartografía crítica, que el mapa (como representación mental, artefacto o actuación que ordena el espacio), tampoco es una representación directa del espacio como exterioridad. Los mapas deben ser abordados como una construcción social del mundo, como artefactos que son a la vez estructurados y estructurantes de las realidades espaciales, incluyendo notablemente las intencionalidades políticas (Woodward y Lewis, 1998, Harley citado por Capdevila, 2002). Así por ejemplo, un análisis crítico de la cartografía debería tomar en consideración tres aspectos: "(1) el contexto del cartógrafo, donde cabe tener en cuenta toda la cadena de producción del mapa con sus diferentes actores, técnicas y herramientas, la intención del autor y la manera cómo la desarrolla, la intención del promotor y su influencia sobre el mapa, el efecto del mercado al cual va dirigido, etc.; (2) el contexto de otros mapas, considerando el estudio comparativo de características topográficas lineales, de la toponimia y de la cartobibliografía relacionada, y (3) el contexto social, dado que el mapa es una manifestación cultural producida en un lugar y un periodo concretos, donde se da un orden social determinado" (Capdevila, 2002).

En lo que se refiere estrictamente a la cartografía occidental, es bien sabido que el

ejercicio cartográfico ha incorporado sus desarrollos técnicos más importantes de la mano de proyectos políticos, económicos y militares que buscan anexas o defender determinados territorios y sus recursos, desde las primitivas cartas de navegación hasta las sofisticadas imágenes satelitales y coberturas georreferenciadas que alimentan los Sistemas de Información Geográfica –SIG–. También es claro que los mapas constituyen un instrumento sumamente útil para la constitución de relatos de soberanía o propiedad, en los cuales resulta estratégico hacer visible, enfatizar u ocultar ciertos contenidos, relaciones o delimitaciones espaciales, conformando así una gramática de poder. De acuerdo con Harley (citado en Albet, 2003), el agente humano que ocupa el lugar central del mapa, es aquel que orquesta el diseño gráfico del mismo y es quien ejerce el poder.

Pero a la par que se desarrolla un pensamiento crítico de las narrativas del espacio y específicamente de la cartografía se asiste en realidad a un despliegue tecnológico impresionante en la materia, que se soporta en planteamientos más o menos radicales del mapa como representación mimética del espacio. Así en los Sistemas de Información Geográfica –SIG– impera la consideración de que las representaciones generadas mediante la manipulación digital de aerofotografías, imágenes de satélite y coberturas georreferenciadas reflejan un vínculo directo entre los espacios físicos y los procesos geográficos, a tal punto que se aspira a predecir escenarios futuros mediante modelos de simulación (Schurmann, 2002: 74).

Ello ha generado una tensión con repercusiones importantes entre los críticos de la narrativa espacial como mimesis y los expertos en SIG. Y ha llevado por ejemplo a que los primeros se desentiendan del manejo técnico de las herramientas y los segundos prescindan de una interlocución absolutamente necesaria para calcular las repercusiones sociales de su aplicación. No obstante, es preciso reconocer que los SIG representan una tecnología social que puede estar influenciada por las políticas institucionales y al mismo tiempo influir en su direccionamiento, e igualmente que el empleo de estos sistemas de información a menudo conlleva a la producción de entidades abstractas (p.e. ecosistemas, zonas de riesgo) que no obstante adquieren materialidad por intermedio de las acciones institucionales, científicas y sociales (Schurmann, 2002: 79). En este sentido se plantea la necesidad de abordar de manera integrada las reflexiones acerca de cómo es posible y qué repercusiones de toda índole puede tener el ejercicio de representar espacialidades y el tratamiento técnico del tema.

Como ha sido señalado anteriormente, los retos que las narrativas del espacio plantean respecto a la superación de la representación del mundo como mimesis no son exclusivos del tema espacial (Cf. Rorty, 1995). No obstante, la afectación que las espacialidades mismas producen en nuestras representaciones del espacio constituye un problema central para el desarrollo de los estudios socioespaciales.

Partiendo de la certeza de la identificación de las representaciones de espacio y tiempo como dispositivos políticos; es decir, del

advertimiento del conocimiento del espacio y el tiempo como elementos estrechamente articulados con la estructuración de estrategias geopolíticas y cronopolíticas (Fabian, 1983), es necesario examinar formas nuevas o alternativas de conexión entre los lugares de enunciación y los lugares de los que se deriva o a los que es aplicado el conocimiento sobre el espacio.

Si bien es cierto que en las ciencias sociales el tratamiento de lo espacial ha estado en buena parte reducido al empleo de metáforas (Soja, 1994; Agnew, 1994: 261), y que en tal sentido es deseable que lo espacial ocupe un lugar más explícito y equilibrado en relación con lo social y lo temporal, es necesario conceder que dicha recurrencia a la terminología espacial es un indicio acerca de la existencia de estrechas relaciones entre los lugares de enunciación y lo que ha sido llamado, sin mucho rigor "cartografías del pensamiento".

Quizá la referencia a "territorios", "campos" y "fronteras" disciplinares sea una metáfora que vale la pena tomar en serio en cuanto existe una geopolítica del conocimiento conforme a la cual determinadas disciplinas deben aplicarse al conocimiento de realidades situadas en las cercanías (historia, sociología y psicología) y en las periferias (antropología, arqueología) de los contextos espaciotemporales desde donde se observa y se dice acerca de lo social (las universidades, institutos de investigación y entidades oficiales). Así mismo, la autoridad académica de lo que se dice depende a menudo de su lugar de enunciación (centros metropolitanos de producción de co-

nocimiento) o del lugar que se representa (p.e., los espacios de la alteridad en la antropología, y el "campo" en la arqueología y la geografía), lo cual reproduce y agencia proyectos políticos hegemónicos de "domesticación" de la alteridad.

Por ello, al plantear un pensamiento social del espacio, que reconozca su propia situación respecto de las cartografías del pensamiento y las geopolíticas del conocimiento, también se está efectuando una apuesta por la reconfiguración de las fronteras disciplinarias, por la emergencia de un pensamiento transdisciplinario en donde diversos saberes sean convocados a propósito de problemas de investigación específicos. Igualmente, se trata de avanzar hacia la producción de "conocimiento situado" (Mignolo, 1996: 119); es decir, hacia interpretaciones y producciones del espacio que sean pertinentes para construir autonomía en el contexto de la globalización.

Retos en la agenda latinoamericana

Al desarrollo de una agenda de estudios socioespaciales, se ofrece el abordaje de aspectos sensibles de la vida cotidiana de los actores sociales, como son por ejemplo las adscripciones territoriales, los sentidos de lugar, las formas de habitar, las tensiones por la ocupación del espacio y el uso de los recursos naturales, las relaciones con los objetos, los cuerpos y las tecnologías, pero igualmente el tratamiento de asuntos más abstractos, como los procesos de espacialización del poder, las relaciones entre memoria y territorio, el ordenamiento

institucional de las prácticas espaciales, las tensiones entre dinámicas globales y locales, la emergencia de los espacios virtuales, la recomposición actual de las relaciones entre las diferentes entidades político-administrativas, entre otros tópicos.

En el contexto latinoamericano y colombiano en especial, la agenda de desarrollo y aplicación de los estudios socioespaciales está cargada de retos y posibilidades. Las cartografías latinoamericanas pueden ser consideradas como:

un palimpsesto en el que perduran tanto la memoria de un pasado colonial como las desigualdades socio-económicas y las diferencias culturales que caracterizan la sociedad contemporánea. Un palimpsesto en el que la relación entre trauma y memoria o entre memoria traumática y elaboración o duelo puede y muchas veces se concreta o termina configurando espacios y temporalidades específicos. Un palimpsesto en constante proceso de reescritura, de diseño, de configuración en el que lo nacional y lo no nacional coexisten y en el que las fronteras no sólo son porosas, erosionadas y erosionables sino que además están en constante movimiento (Achugar 2002: 90).

En medio de advertencias generalizadas acerca del debilitamiento del Estado-nación y de iniciativas en pro de la integración de bloques regionales de carácter transnacional (ALCA, Mercosur, NAFTA), en América Latina

las fronteras, como invento cultural y político, parecen prepararse para subsistir al fin de la era de las economías nacionales cerradas. [...] Esa persistencia no implica una continuidad lineal, una

"conservación" de un conjunto de rasgos preexistentes. Por el contrario, a través de una serie de reconfiguraciones, la Nación se constituye como tal en un proceso relacional con los fenómenos globales y regionales (Grimson 2002: 188).

Al interior de los países, en las ciudades, las localidades y las entidades regionales (estados, provincias o departamentos) se constituyen de hecho, o por medio de planes y proyectos, tendencias de interrelación local y global que descomponen o recomponen las jerarquías tradicionales de escalamiento territorial y establecen nuevas geografías que adicionan el principio de discontinuidad espacial. São Paulo, México, Buenos Aires, Caracas y Santiago de Chile, consideradas "ciudades-mundo" (*world cities*), son nodos de un archipiélago global de puntos de operación de corporaciones multinacionales y de centros de servicio avanzado, producción y procesamiento de información (Tylor, 2000).

Pero esta dinámica que en apariencia debilita las fronteras y prescinde de los estados, depende en buena medida de lo que ha sido la configuración histórica de los centros y las periferias nacionales, al igual que de la diferenciación geográfica y la especialización local. Así mismo genera, al interior de estas urbes, y de otras que se prefiguran como tales (Lima, Bogotá, Río de Janeiro y Montevideo, entre otras) una segmentación espacial marcada por extremos de pobreza y riqueza, al igual que una profunda afectación de la dinámica de las regiones adyacentes, enmarcada dentro de procesos históricos de larga duración (Scott, 2001).

Comprender mejor cómo se han estructurado históricamente las espacialidades sociales, al igual que los imaginarios sobre el territorio y la naturaleza en los países y regiones de Latinoamérica (p.e. Herrera, 2002; Castrillón, 2000) se ofrece pues como condición para comprender las tendencias contemporáneas de reescalamiento, ordenamiento territorial y prácticas de aprovechamiento de los recursos naturales.

Tanto en las ciudades como en áreas relativamente apartadas de los contextos metropolitanos, en donde es frecuente que procesos tradicionales de espacialización del Estado aún se encuentren en marcha (colonización, explotación de recursos forestales e "integración" de territorios étnicos), emergen movimientos sociales que reclaman o defienden derechos ancestrales de ocupación, reivindican formas alternas de espacialización e interacción con el medio ambiente o propenden por sistemas democráticos y de equidad de género, apoyándose para el efecto en una suerte de "activismo a distancia" que los conecta con otros movimientos y organizaciones geográficamente discontinuos (Escobar, 1999: 355). En medio del discurso generalizado sobre medio ambiente, biodiversidad y desarrollo sostenible, se erigen formas específicas de apropiación del territorio, de uso y conocimiento de la naturaleza, que lejos de ser una supervivencia de las culturas tradicionales, muestran dinamismo, despliegue de prácticas espaciales que subvierten, modelan o enfrentan activamente los discursos y las estrategias globales (Oslender, 2000: 198).

A estas nuevas formas de interconexión espacial se suman otras, como la creación de comunidades virtuales (en las que no siempre es posible abstraer los lugares de enunciación), la emergencia de localismos y regionalismos como "método comparativo" para articularse a lo internacional, y la re-territorialización que efectúan los migrantes de los países del sur, mediante el emplazamiento de "decorados rurales" en las urbes posmodernas (Monsiváis, 2002: 44).

Estos palimpsestos no pueden opacar otras imágenes que en apariencia serían más tradicionales, como por ejemplo el mapa de distribución territorial de los Estados, que pareciera ser la más fija y "natural" de las cartografías latinoamericanas. No obstante, se trata de un mapa en permanente reconfiguración, como se desprende de las numerosas disputas limítrofes que no llegan a resolverse por la vía diplomática y derivan en presiones y/o conflictos militares. Periódicamente se destacan batallones hacia las fronteras, tratando de persuadir, tanto a nacionales como extranjeros, acerca de la extensión de los espacios de soberanía, ya sea para avanzar en procesos internos de espacialización del poder, tratando de prevenir flujos ilegales de personas, información y mercancías, o en pro del control de determinadas zonas limítrofes que devienen en áreas económica y militarmente geoestratégicas (p.e. Ecuador-Perú, Brasil-Colombia, Colombia-Venezuela y Bolivia-Chile, en los últimos años).

Pese a la densidad de estas cartografías, atributo que no necesariamente se remite

al comportamiento espacial de épocas recientes, con frecuencia la intervención de los Estados en el ordenamiento de las diferentes formas de producción social del espacio (mediante planes de desarrollo, esquemas de ordenamiento territorial y gestión ambiental, soluciones de vivienda, higienización de los cuerpos, entre otros) ha hecho tabula rasa de las experiencias históricas y las especificidades espaciales, gracias a un modernismo entendido como "rompimiento con el pasado tradicional" (Ortiz, 2002: 57). Ello ha conllevado a una paradoja en términos de que los intentos de implantación de modelos de organización espacial, muchas veces copiados de cartografías europeas y norteamericanas, no pueden ser réplicas miméticas, pero en cambio generan efectos imprevistos y muchas veces adversos en la dinámica espacial de las sociedades latinoamericanas.

Rompiendo con el estrecho margen temporal que suponen los enunciados acerca del advenimiento de tendencias que minimizan el protagonismo territorial del Estado, en el ámbito latinoamericano –y colombiano en especial– la viabilidad del Estado se ha debatido entre diferentes lógicas espaciales que se encuentran ligadas a procesos de larga, mediana o corta duración, y que han llevado, en no pocas ocasiones, a poner en jaque sus aspiraciones de consolidación. "Los conflictos por la ocupación humana del espacio en Colombia han sido y son ingredientes directos de la violencia múltiple" (Fals, 1996: 1); las rivalidades políticas y militares se han establecido entre facciones tradicionalmente adscritas a territorios locales y regionales (González,

1994), mientras que los desplazamientos y migraciones suelen ser concomitantes a procesos de colonización dirigida o espontánea, así como a las estrategias territoriales de los actores armados (Reyes, 1994; García, 2002).

El ordenamiento del territorio, entendido como "reformismo institucional" (Borja, 2000: 19), se ve abocado, cada vez más, a comprender de manera crítica e integral las dimensiones histórica, cultural y social que lo configuran, así como a reconsiderar el lugar que en este entramado ocupan las dimensiones económica y política, las cuales han primado en el ejercicio tradicional de planear, gestionar y proyectar los territorios. Así se dará paso a un ordenamiento espacial como "redefinición de las relaciones entre el espacio socialmente construido y la geografía política del Estado". A su vez, esto "rebas los asuntos de la administración y planificación estatal, y se proyecta hasta la construcción de nuevos modelos de sociedad y de formas políticas", en los cuales los procesos y movimientos sociales juegan un papel central (Borja, 2000: 24).

El desarrollo económico, el fortalecimiento de las instituciones democráticas, el mejoramiento de la calidad de vida, la restauración del tejido social, el respeto por la pluralidad cultural y la sustentabilidad ecológica, entre otros paradigmas, suelen estructurar "*in abstracto*" las propuestas de futuro de los actores sociales e institucionales en Colombia y Latinoamérica. Sin embargo, dependen para su concreción de la comprensión y eventual ajuste a las diferentes lógicas que configuran las espacialidades y que subyacen a los proyectos polí-

ticos, sean estos planteados por el Estado, los movimientos sociales, los grupos étnicos o los sujetos.

No menos importante es la pertinencia que tiene un análisis espacial de la vida cotidiana, en donde los cuerpos, los objetos y el hábitat son un medio para la objetivación de estrategias políticas, pero a su vez, para la construcción de subjetividades. El conocimiento de estas espacialidades se ofrece como una manera de enriquecer el pensamiento sobre las ciudades, los espacios públicos, los comportamientos del consumo cultural y las relaciones de género, entre otros.

Finalmente, respecto de una cartografía del pensamiento social contemporáneo, el abordaje de lo espacial se ofrece como un lugar adecuado para fortalecer o efectuar conexiones inéditas entre diferentes saberes. El potencial inter-disciplinario y trans-disciplinario de la cuestión socioespacial se constituye en una oportunidad para convocar pensamientos de variada procedencia, a propósito del abordaje de objetos de estudio y la formulación y resolución de problemas de conocimiento, que no se acomodan bien dentro de los campos disciplinarios tradicionales. Pese a la designación tradicional del espacio como objeto de estudio de la física y la geografía, el debate que se introduce con la propuesta de un pensamiento del afuera, hace que la espacialidad no sea territorio exclusivo de ningún campo de pensamiento y más bien se plantee como horizonte para la construcción de discursos situados en espacios in-

ter-disciplinario y trans-disciplinarios: etnografías y arqueologías del espacio, historias geográficas y geografías del tiempo, sociologías de las cosas y los cuerpos, economías políticas de los territorios...

En síntesis, se puede decir que una agenda de estudios socioespaciales se articula directamente con problemas de orden filosófico y epistemológico; requiere del ejercicio de un pensamiento transdisciplinario; despliega múltiples posibilidades de investigación, y ofrece relevancia para la aplicación del saber a las realidades del mundo contemporáneo.

Agradecimientos

Este ensayo es el resultado de un proceso de intenso debate con investigadores del Iner de la Universidad de Antioquia y de otras instituciones universitarias de Colombia, a propósito de la creación de un programa de Maestría en Estudios Socioespaciales. Los planteamientos que finalmente han quedado expresados en este texto son de mi absoluta responsabilidad, pero han sido vitales las críticas y sugerencias efectuadas por el profesor Diego Herrera y las profesoras Elsa Blair y Clara Inés García, del Iner, a quienes expreso mi agradecimiento. Hago extensivo este reconocimiento a las profesoras Martha Herrera, de la Universidad Nacional, y Beatriz Nates, de la Universidad de Caldas, al igual que a los profesores Ovidio Delgado, de la Universidad Nacional, y Santiago Castro, de la Universidad Javeriana, quienes participaron como evaluadores de la propuesta.

Referencias bibliográficas

- Abélès, Marc (1997), "La antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos". *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 153. <http://www.unesco.org/issj/rics153/titlepage153.html> marzo de 2004.
- Achugar, Hugo (2002), "Ensayo sobre la nación a comienzos del siglo XXI", en: Jesús Martín Barbero (coordinador), *Cuadernos de nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*, Ministerio de Cultura, Bogotá, pp. 75-92.
- Albet, Saul (2003), "Critical cartography", *Furthertext* 3, septiembre. <http://www.furthertext.org/saulalbert.html>, marzo de 2004.
- Agnew, John (1993/1994), "Representing space: space, scale and culture in social science", en: James Duncan y David Ley (eds.) *Place/Culture/Representation*, Routledge, Londres, pp: 251-271.
- Amin, Ash (2002), "Spatialities of globalisation", en: *Environment and Planning A* 34, pp. 385-399.
- Appadurai, Arjun (ed.) (1986), *La vida social de las cosas*, Grijalbo, México.
- Aron, Raymond (1989/1996), *Lecciones sobre la historia. Cursos del College de France*, traducción de Sergio René Madero, Fondo de Cultura Económica, México.
- Augé, Marc (1994/1996), *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*, traducción de Charo Lacalle y José Luis Facé, Paidós, Barcelona.
- Baudrillard, Jean (1968/1969), *El sistema de los objetos*, traducción de Francisco González Aramburu, Siglo XXI, México.
- Borja, Miguel (2000), *Estado, sociedad y ordenamiento territorial en Colombia*, IEPRI - CEREC, Bogotá.
- Braudel, Fernand (1958/1974), *La historia y las ciencias*, Alianza, Madrid.
- Brenner, Neil (2001), "The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration", *Progress in Human Geography*, 25 (4), pp. 591-614.
- Capdevila, Joan (2002), "Harley, J. B. The new nature of maps: essays in the history of cartography", *Biblio 3W, Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona*, 7 (404), 15 de octubre de 2002. <http://www.ub.es/geocrit/b3w-404.htm>, noviembre de 2003.
- Castells, Manuel (1996/1999), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, Vol 1. "La sociedad red", traducción de Carmen Martínez Gimeno, Alianza Editorial, Madrid.
- Castrillón, Alberto (2000), *Alejandro de Humboldt: del catálogo al paisaje. Expedición naturalista e invención de paisajes*, Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- Correa, Roberto Lobato (1994), "Território e corporação: um exemplo". En: M. Santos, M. Souza y M. Silveira (eds.), *Território, globalização e fragmentação*, Hucitec, São Paulo. pp. 251-256.
- Cosgrove, D. (1984), *Social formation and symbolic landscape*, Croom Helm, Londres.
- Chartier, Roger (1992/2000), *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, traducción de Viviana Ackerman, Gedisa, Barcelona.
- Dagognet, Francois (1997/2000), *Detritus, desechos, lo abyecto*, traducción de Luis Alfonso Palau, Universidad Nacional, Medellín, inédito.
- Deleuze, Gilles y Guattari Félix (1980/1994), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, traducción de José Vázquez Pérez, Pre-textos, Valencia.
- Delgado, Ovidio (2003), *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Debray, Régis (1997), *Transmitir*, traducción de Horacio Pons, Manantial, Buenos Aires.
- Duncan, James (1993/1994), "Sites of representation. Place, time and the discourse of the other", en: James Duncan y David Ley (eds.), *Place/Culture/Representation*, Routledge, Londres, pp. 39-56.
- Duncan, James y David Ley (eds.) (1993/1994), *Place/Culture/Representation*, Routledge, Londres.
- Escobar, Arturo (1999), *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, ICAN-CEREC, Bogotá.
- Fabian, J. (1983), *Time and the Other: How anthropology makes his object*, Columbia University Press, Nueva York.
- Fals Borda, Orlando (1996), *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*, Tercer Mundo Editores - IEPRI, Bogotá.
- Ferguson, James y Akhil Gupta (2002), "Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality", *American Ethnologist*, 29 (4), pp. 981-1002.
- Foucault, Michel (1967), "Of other spaces", (Conferencia dictada en el Cercle des études architecturales el 14 de marzo de 1967), Publicada originalmente en: *Architecture, Mouvement, Continuité*, (5), octubre de 1984, versión traducida al inglés por Jay Miskowiec en: <http://foucault.info/documents/heteroTopia/foucault.heteroTopia.en.html>, junio de 2004.
- García Clara Inés (2002), *Paradojas de los conflictos violentos. Territorios, regiones y fronteras en Colombia*, Legado del Saber 6. Icfes-Unesco-Universidad de Antioquia, Medellín.

- Geertz, Clifford (1983/1994), *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, traducción de Alberto López Bargados, Paidós, Barcelona.
- González, Fernán (1994), "Poblamiento y conflicto social en la historia colombiana", en: Renán Silva (ed.), *Territorios, regiones, sociedades*, CEREC-Universidad del Valle, Bogotá, pp. 13-33.
- Grimson, Alejandro (2002), *El otro lado del río. Periodistas, nación y Mercosur en la frontera*, Eudeba, Buenos Aires.
- Harley, J. B. (1987), "Preface", en: J. B. Harley and David Woodward (eds.), *The History of Cartography*, Volume 1, "Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean", University of Chicago Press, Chicago pp. xv-xxi.
- _____ (1989), "Deconstructing the Map", en: *Cartographica* 26 (2), pp. 1-20.
- _____ (2001), *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- Harvey, David (1989), *The condition of Postmodernity. An Inquiry into the Origins of Cultural Change*, Blackwell, Oxford.
- _____ (2000), "Cosmopolitanism and the banality of geographical evils", *Public Culture* 12 (2), pp. 529-564.
- Hegel, G. W. F. (1837/1985), *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, traducción de José Gaos, Madrid, Alianza Editorial.
- Herrera, Martha (2002), *Ordenar para controlar. Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*, Academia Colombiana de la Historia-Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- Hodder, Ian (1992/1995), *Theory and Practice in Archaeology*, Routledge, Londres y Nueva York.
- Howitt, Richard (2003), "Scale and the other: Levinas and geography", *Geoforum*, 33 (3), pp. 299-313.
- Jameson, Fredric (1991), *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Verso, Londres.
- Koselleck, Reinhart (2000/2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, traducción de Daniel Innerarity, Paidós, Barcelona.
- Kuhn, Thomas (1962/1992), *La estructura de las revoluciones científicas*, traducción de Agustín Contín, Fondo de Cultura Económica, México.
- Latour, Bruno (1992), "Where are the Missing Masses? Sociology of a Door", en: Wiebe Bijker y John Law (eds.), *Shaping Technology-Building Society. Studies in Sociotechnical Change*, MIT Press, Cambridge, pp. 225-259.
- _____ (2000), "A Well-Articulated Primatology - Reflexions of a Fellow-Traveller", en: Shirley Strum y Linda Fedigan (eds.), *Primate Encounters*, University of Chicago Press, Chicago, pp. 358-381.
- Lefebvre, Henry (1974/1991), *The production of space*, Blackwell, Cambridge.
- Le Goff, Jacques (1977/1991), *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, traducción de Hugo F. Bauzá, Paidós, Barcelona.
- MacLeod, Gordon y Mark Goodwin (1999), "Space, scale and state strategy: rethinking urban and regional governance", *Progress in Human Geography*, 23 (4), pp. 503-527.
- Marston, Sallie (2004), "Space, culture, state: uneven developments in political geography", *Political Geography*, 23 (1), pp. 1-16.
- Massey Doreen (1999), "Power-geometries and the politics of space and time", *Hettner Lecture 1998*, Department of Geography, University of Heidelberg.
- _____ (2000), "Travelling thoughts", en: P. Gilroy, L. Grossberg y Aa McRobbie (eds.), *Without Guarantees: In Honour of Stuart Hall*, Verso, Londres, pp. 225-232.
- May, Jon y Nigel Thrift (eds.) (2001), *Timespace: Geographies of Temporality (Critical Geographies)*, Routledge, Nueva York/Londres.
- Mignolo, Walter (1996), "Herencias coloniales y teorías poscoloniales", en: B. González (ed.), *Cultura y tercer mundo 1. Cambios en el saber académico*, Nueva Sociedad, Caracas, pp. 99-136.
- Monsiváis, Carlos (2002), "De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional" En: *Cuadernos de Nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*. Jesús Martín Barbero (Coordinador). Ministerio de Cultura, Bogotá. Pp. 31-46.
- Montañez, Gustavo (ed.) (2000), *Espacio y territorios. Razón, pasión e imaginarios*. Universidad Nacional, Bogotá.
- Ortega, José (2000), *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*, Ariel Editorial S.A., Barcelona.
- Ortiz, Renato (2002), "Brasil: sociedad, cultura y nación", en: Jesús Martín Barbero (coord.), *Cuadernos de nación. Imaginarios de nación. Pensar en medio de la tormenta*, traducción de Ana María Urbina, Ministerio de Cultura, Bogotá, pp. 55-74.
- Oslender, Ulrich (2000), "Espacializando resistencia: perspectivas de espacio y lugar en las investigaciones de movimientos sociales", en: Eduardo Restrepo y María Victoria Uribe (eds.), *Antropologías transeúntes*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, pp. 191-221.

- Paasi, Anssi (1998), "The role of identities and boundaries in the contemporary world", *5th Nordic-Baltic Conference in Regional Science Global-Local Interplay in the Baltic Sea Region*, Pärnu, Estonia, octubre 1-4, <http://www.geo.ut.ee/nbc/paper/paasi.htm>, abril de 2004.
- Pardo, José Luis (1992), *Las formas de la exterioridad*, Pretextos, Valencia.
- Paulston, Rolland y Liebman, Martin (1994), "The promise of critical social cartography", *La Educación*, 119, <http://www.iacd.oas.org/la10.htm>, marzo de 2004.
- Reyes, Alejandro (1994), "Territorios de la violencia en Colombia", en: Renán Silva (ed.), *Territorios, regiones, sociedades*, CEREC – Universidad del Valle, Bogotá, pp. 111-122.
- Ricoeur, Paul (1985/1998), *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, traducción de Agustín Neira, Siglo XXI Editores, Madrid.
- Rorty, Richard (1979/1995), *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, traducción de Jesús Fernández Zuluaga, Cátedra, Madrid.
- Santos, Milton (1996/2000), *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*, traducción de María Laura Silveira, Ariel S.A., Barcelona.
- Scholte J. A. (2000), "Global civil society", en: N. Woods (ed.), *The Political Economy of Globalization*, Macmillan, Londres.
- Schuurman, Nadine (2002), "Reconciling Social Constructivism and Realism in GIS", *ACME: An International E-Journal for Critical Geographies*, 1 (1), pp. 73-90. <http://www.acme-journal.org/vol1/schurmann.pdf>, marzo de 2004.
- Scott, A. J. (2001), "Globalization and the rise of city-regions", *European Planning Studies*, 9 (7), pp. 813-826.
- Shanks, Michael y Tilley, Charles (1987/1994), *Re-constructing Archaeology. Theory and Practice*, Routledge, Londres/Nueva York.
- Soja, Edward (1989/1994), *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Verso, Londres/Nueva York.
- _____ (1996), *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*, Blackwell, Oxford.
- Souza, Marcelo (1995), "O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento", en: Iná Elias Castro et al. (comps.), *Geografia: conceitos e temas*, Bertrand, Rio de Janeiro, pp. 77-116.
- Swyngedouw, Eric (1992), "The Mammon quest. 'Glocalisation', interspatial competition and the monetary order: the construction of new scales", en: Dunford, Mick, Kafkalas y Grigoris (eds.), *Cities and Regions in the New Europe*. Belhaven Press, Londres, pp. 39-67.
- _____ (1997), "Neither Global nor Local: 'glocalization' and the politics of scale", en: Kevin Cox (ed.), *Spaces of Globalization: reasserting the power of the local*, The Guildford Press, Nueva York y Londres, pp. 137-166.
- _____ (2004), "Globalisation or 'glocalisation'? Networks, territories and re-scaling", *Cambridge Review of International Affairs*, 17 (1), pp. 25-48.
- Thomas, Julian (2001), "Archaeologies of place and landscape", en: Ian Hodder (ed.), *Archaeological Theory Today*, Polity Press, Cambridge, pp. 165-186.
- Tuathail, Gearóid O. (1998), "Political Geography III: dealing with deterritorialization", *Progress in Human Geography*, 22, pp. 81-93.
- Taylor, J. P. (2000), "World cities and territorial states under conditions of contemporary globalization", *Political Geography*, 19 (1), pp. 5-32.
- Wallerstein, Immanuel (1997), "El espaciotiempo como base del conocimiento", traducción de Ruby Pardo, *Análisis Político*, 32, pp. 3-15, Bogotá.
- White, Hyden (1987/1992), *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, traducción de Jorge Vigil Rubio, Paidós, Barcelona.
- Woodward, David y Lewis, Malcolm (eds.) (1998), "Cartography in the Traditional African, American, Arctic, Australian, and Pacific Societies", *The History of Cartography*, volumen 2, libro 3, The University of Chicago Press, Chicago.